

AL-BASIT REVISTA DE ESTUDIOS
ALBACETENSES

Número
53

Páginas
309-320

Origen
Albacete

Año
2009

HECHOS Y PALABRAS

por
Rosa ROMÁ

No es éste un título poético, pero traduce la intención de rescatar algo más concreto, algo real, de un tiempo en el que todavía la cámara fotográfica no se había adueñado de los seres para traernos la imagen, que según dicen vale más que mil palabras, porque puede inspirar muchas versiones sin aclarar ninguna, por no representar una verdad total.

Se me ha pedido que hable de su vida y es lo que voy a hacer. Resulta bastante problemático a estas alturas descubrir facetas, detalles que de alguna manera han podido aparecer en entrevistas y conferencias donde quedaron reflejadas opiniones y creencias, siempre necesarias para entender bien la obra de un escritor. Por esta razón, me limitaré al hombre, dejando a un lado el currículo para entrar en alguna porción desconocida del escritor que empieza su tarea con la mordedura de una enfermedad, el hombre sencillo que todavía no se ha comprometido.

No descubriré nada al recordar las cosas que tenían para él más valor.

Rodrigo se jactaba con frecuencia de beber en las fuentes naturales, y extraer de las gentes del pueblo costumbres y anécdotas que contrastaban con ciertas tendencias imperantes entre los literatos. No necesitaba citar nombres de prestigio para reforzar una idea, más inclinado siempre a rescatar voces anónimas y familiares. Aunque niño durante la guerra, conservó el recuerdo de imágenes dolorosas de crueles enfrentamientos. Era el penúltimo de una familia de diez hermanos, y la diferencia de edad le proporcionó conocer el horror que la guerra provoca en las familias con la muerte de hijos, amigos y hermanos. Dos de sus hermanos de padre desaparecieron para siempre, y las consecuencias de aquella guerra que sembró el odio entre miembros de una misma familia serviría para dar pie a muchos de sus libros.

No estoy muy segura de que hablar de la vida privada de un escritor sea empezar por lo que se supone es la base, los cimientos. Bien podría ser el tejado lo que ahora estoy componiendo al recoger fragmentos de su viaje por las letras, un viaje que no puede desligarse del origen, de los conflictos y desgracias, pero tampoco de las alegrías y todo lo que interesa conocer cuando se ha alcanzado el reconocimiento que dota de cierto atractivo ese pasado. De manera que tal vez sea esto empezar por el tejado, pues ahora que son ya muchos los lectores y las personas que conocieron al escritor hay que retroceder a la raíz, ir al origen, a todo aquello que ayudó a formarle, a inspirar su obra. Pero ante todo, en el caso de Rodrigo, es inevitable hablar de su enfermedad, a la que debe, en parte, su vocación. Y para ello retrocederé a un tiempo en el que ni siquiera el escritor incipiente existía.

Cuando se traslada a Valencia en 1947 tiene 16 años y es un joven normal en apariencia, pues a pesar de los trastornos que ya le aquejan, nadie intuye una dolencia grave. Se instala con su familia en el barrio de Monteolivete y se dedica a hacer trabajos temporales, mal pagados, sin albergar un propósito determinado respecto a su futuro. La Medicina no estaba lo suficientemente avanzada para acertar en el diagnóstico. Sorprenderá a muchos saber que, pese a sus dolencias, hizo el servicio militar en Las Baleares, en Palma de Mallorca¹.

Su mili fue interrumpida en varias ocasiones para ser hospitalizado a causa de unas molestias poco definidas, como reflejan los partes médicos. En mayo de 1953 se le diagnostica “reumatismo” y un mes más tarde, el 23 de junio de 1953, se expide un certificado para que “el soldado Rodrigo Rubio, del Grupo de Artillería de Costa de Ibiza, se traslade de Palma de Mallorca –su primer destino– a Ibiza”, después de haberle dado el alta en el Hospital Militar, sin que esto suponga todavía la exclusión del ejército. El 29 de julio de ese mismo año, un nuevo certificado declara su incapacidad para seguir en el ejército y se le facilita su traslado con el ruego de que “no se le ponga impedimento para regresar a Montalvos por cuenta del Estado”. Esta autorización del Capitán General de Baleares será ratificada el 12 de agosto por el Capitán de Artillería que en la Junta de Clasificación y Revisión le excluye “totalmente” del Servicio Militar. La palabra “reumatismo” empieza a sonar en 1953, pero no es un diagnóstico específico, pues el reuma abarca muchas ramas, razón por la cual los tratamientos que se le aplican no frenan el desarrollo de la enfermedad. Será el Dr. Molerés, un reumatólogo valenciano recién llegado de Estados Unidos quien, años después, en 1956, tras un minucioso examen, le diagnostique una “artritis anquilopoyética” y le anuncie que llevará muletas el resto de su vida, porque sus caderas están secas². Un año antes, en 1955, se le había practicado una operación en el Sanatorio de la Malvarrosa, iniciando luego un tratamiento intensivo, sin conocer realmente el artritismo que padece, pues se habla solamente de “brotos reumáticos”.

A partir de ese instante, el mal se acrecienta y le recluye en casa. A la dolencia física se une la tristeza de una muerte posible cuando solamente tiene veinticinco años. La radio es por entonces su compañera, y las lecturas de autores españoles y extranjeros van formando un santuario alrededor de su lecho de enfermo. Lee con fervor a Valle Inclán, a Baroja, Azorín, Blasco Ibáñez, Gabriel Miró y tantos otros. Faulkner es para él una especie

¹ Ver parte del Coronel.

² Receta Hospital Malvarrosa.

de emisario que le descubre el valor que pueden alcanzar en la literatura las gentes sencillas, las que él conoce bien. Kafka desvela en su *Metamorfosis* la impotencia. Dostoyevski, las miserias, el dolor, la angustia. Entra en la América de la Generación Perdida. Se compenetra, los admira y relee con cierto misticismo, pues empieza a intuir una especie de salvación, la que proporciona sentirse conectado con el mundo a través de los libros, coincidir con los sentimientos, con la mirada de otros autores ya consagrados. Así se inicia una vocación que es casi un mandamiento para sobrevivir, un ideal profundo y necesario.

En el año 1958 da comienzo su andadura literaria. Escribir cuentos es un ejercicio que le ayuda a olvidar su mal y le prepara para perfeccionar la escritura. Se menciona siempre al autodidacta, sin pensar que todo creador lo es, todo inventor de historias lo es, todo renovador de la vida lo es, porque es la necesidad de asimilarla lo que lleva al novelista a reproducirla una y otra vez, para entenderla, para cambiarla, y a nadie se le enseñaba entonces a imaginar, es algo que uno mismo aprendía trabajando. No se considera autodidacta a quien asistió a clases para adquirir conocimientos, aunque el estudio no le convierta en “inventor” de historias.

Rodrigo escribe sus primeros cuentos a mano. Y luego, en una vieja máquina con cinta de color violeta. En sus primeras narraciones aparecen las tierras áridas, la miseria, la dificultad para sobrevivir, los miedos y penurias.

Las cartas, por otra parte, llenan otros momentos de soledad, en su afán de hacer amigos, convencido de que tenerlos es más difícil que conseguir un trabajo y encontrar un hueco en la sociedad, algo poco probable en sus circunstancias.

En la década de los sesenta sus salidas de casa, ya con muletas, se suceden, y el intento de publicar le llevará a viajar a Valladolid para conocer personalmente a Miguel Delibes. Su cuento aparecido en la *Estafeta Literaria* en “Principio quieren las cosas” despierta el interés de la escritora catalana Mercedes Salisachs que años más tarde le abrirá las puertas de su casa y le dará a conocer a los escritores cuyos nombres suenan con frecuencia en la literatura. Ha visto en Rodrigo un escritor en ciernes y decide apoyarle. El periódico *Las Provincias de Valencia* y el *Diario Regional de Valladolid* publican sus primeros cuentos. Son los estímulos que recibe el escritor. Ver los cuentos en letra impresa evidencian la aceptación, la amistad, y son la puerta que irá abriéndose poco a poco –nunca de par en par, pero sí lo suficientemente amplia– para ir entrando paso a paso. Conseguir en 1961 el Premio de Novela Gabriel Miró³ despierta su optimismo ante la posibilidad de seguir avanzando por una senda tortuosa, apenas visible,

que va asegurando sus pisadas en esa pequeña parcela en la que sólo unos pocos tienen cabida, en la que perdurar es todavía más difícil. Conseguir la independencia económica que le permitirá cierta libertad de movimiento es el mejor aliciente, y no lo es menos “hacer amigos”. También su pluma se irá sosegando para captar sentimientos, más allá del bar, la familia y el vecindario. En 1962, entra a formar parte del colectivo de minusválidos que en Valencia dirige el sacerdote Manuel Duato⁴, un movimiento formado en Francia, en Verdún, durante la posguerra mundial, que acoge a los discapacitados. Y junto al sacerdote recorrerá pueblos estimulando a los enfermos en la batalla por su integración en la sociedad. Colabora en el boletín mensual de la Fráter, nombre familiar de la “Fraternidad Católica de Enfermos”. Da charlas en emisoras de Radio valencianas y toma parte en mesas redondas y coloquios que acabarán convirtiéndole en el orador que nunca dejará de ser, pues son muchas las conferencias y los pregones que ha dado a lo largo de su carrera.

La realidad es básica, no se puede prescindir de ella para entender la ficción, porque es en ella donde se asienta toda historia, adornada, exagerada, siempre reinventada y teñida de la visión personal del autor. Debajo de toda fantasía, de cualquier historia surreal, subyace esa raíz que la sustenta. La realidad es también cambiante, porque en el breve período que comprende nuestro trayecto –breve, aunque vivamos muchos años–, hay demasiados recovecos, demasiadas curvas, cuestas y pendientes en ese constante zigzag que multiplica las situaciones de nuestro día a día, en el que los hechos se repiten sin ser idénticos, y las palabras obligan a intuir, a interpretar y también a equivocarnos en nuestros juicios hasta convertir la vida en una serie de episodios que refuerzan opiniones, pero también, a veces, las contradicen. En el caso de Rodrigo no parece haber al principio otra historia que la que nazca de su enfermedad, la que no es posible desligar de su obra, sobre todo en esos años, por más que intente alejarla, porque ya se encargarán otros de recordársela. Cuando a primeros de los sesenta, tras recibir un premio, le entrevista Manuel del Arco, deja caer cierta duda sobre su futuro como escritor, al preguntarle qué hará luego, cuando las circunstancias personales de su vida estén agotadas. Pregunta que podríamos hacernos todos los novelistas. Metidos en la rutina que apenas nos diferencia a unos de otros, ¿cómo distinguimos? ¿Cómo ser originales? Son años, por otra parte, en los que no se cree demasiado en la imaginación, más dispuestos a aceptar los críticos y los editores la denuncia

³ Novela premiada “Un mundo a cuestas”.

⁴ Jesuita valenciano fallecido en tierras hispanoamericanas.

social. Además, el escritor suele presentarse como “un aventurero”, un ser que vive experiencias extraordinarias. Sin embargo, lo que marca la diferencia entre él y los otros escritores es conocer el campo y a las gentes que lo trabajan. La enfermedad le distingue también de los demás. Que sea el pueblo la fuente de sus historias le coloca en otro lugar, pero no hace augurar futuras novelas interesantes. Tampoco es fácil vivir entre los otros, los que tienen una vida normal, los supuestamente sanos, a pesar de que en cualquier momento padecerán una enfermedad grave que les llevará a la muerte, aunque los demás no la perciban por no ser visible. La “espondilitis” se lleva puesta, no es posible dejar de exhibirla. Hay enfermedades que pueden permanecer ocultas y estéticamente no hieren igual que la incapacidad física que se anuncia por sí misma.

En 1965, ganar el Premio Planeta con “Equipaje de amor para la tierra” le convierte en un escritor conocido, solicitado en los medios de comunicación, lo que le permite colaborar en la prensa y la radio. En 1966, interviene en el Congreso de Minusválidos de Estrasburgo. En la medida que su actividad aumenta, saliendo de casa a diario, se acrecienta también su rebeldía ante los impedimentos de una sociedad poco habituada a verles, a convivir con los discapacitados. La presencia del minusválido resulta dolorosa, antiestética. El rechazo es constante. Y también la negativa a concederles un puesto, al no creer en las otras capacidades que pueden desarrollar. Hay muchas anécdotas que podría contar ahora acerca de las actitudes que generaba un minusválido en los sesenta, la extrañeza que producía en los demás verle conducir un coche, la piedad que despertaba en los más sensibles y la aprensión que suscitó en los miedosos. ¿Quién no teme a la enfermedad?

Es un breve repaso a ese tiempo, una actitud que pertenece al pasado. Afortunadamente, hoy aceptamos mejor “lo otro”, no nos sorprenden las conductas diferentes, aunque no las entendamos, ni nos alarma el aspecto físico de los más desfavorecidos, a pesar del culto que hoy se rinde a la belleza. Pero también he de reconocer yo ahora que despertó admiración el joven treintañero con muletas, recién salido de una enfermedad, dispuesto a remontar cualquier obstáculo, dispuesto a saltar las barreras que se lo impedían. Y ni siquiera en los peores momentos, en las horas más bajas, cuando uno se compadece de sí mismo por no ser comprendido, ni siquiera cuando la crítica superó a la alabanza, faltaron los amigos. Como bien decía Cela “se debe más a los enemigos” que a los amigos, porque aquéllos hacen que nazcan éstos. La rebeldía y el dolor se detectan en sus novelas, sin que suponga un inconveniente para que los lectores le acepten. Entienden su situación. Algún crítico encontró en el personaje de María

un excesivo patetismo, sin dejar de admitir que era ese patetismo el que daba fuerza al personaje, el de la mujer-heroína, un personaje que muchas mujeres hubiesen querido ser y no eran, según le confesaban en sus cartas emocionadas las madres que se sentían culpables por no haber sufrido tanto como María. El desahogo personal del enfermo encontró salida en los protagonistas de sus libros. La crítica detectó en el escritor una sensibilidad que le distinguía, nacida en su aislamiento, al presentir la proximidad de una muerte posible que durante años le ató al lecho. Como lector, hay en Rodrigo cierto misticismo al acercarse a los autores clásicos, a los que se siente hermanado. Son una especie de salvadores, porque leerlos le ha ayudado a buscar refugio en la literatura y más tarde a recorrer ese camino, hacia una meta todavía incierta, pues al principio se trata solamente de subsistir. El éxito y la gloria están lejos del solitario, aunque no puede concebirse esta profesión sin apetecerlas.

Pero, alejándonos de la enfermedad, nada es trágico ni penoso en la batalla diaria que también proporciona satisfacciones. En lo personal, cabe destacar entre tantos amigos su buena acogida por las mujeres que le concedieron una larga y duradera amistad, no sólo en su entorno familiar y en la Fráter. La historiadora Antonina Rodrigo, cuya relación de juventud les unió también en la escritura, fue algo más que una conocida, así como la escritora Marta Portal, que ganó el Premio Planeta en 1966⁵. Buenas amigas fueron Carmen Kurtz y Concha Alós, aunque se vieran con menos frecuencia. Con Francisco Candel mantuvo estrecha relación, y en Madrid fue bien recibido por quienes gozaban ya de prestigio, como Alfonso Sastre y Buero Vallejo. En las tertulias del Café Gijón compartió muchas tardes con Dolores Medio, Luis de Castresana, García Pavón, Manuel Vicent y tantos otros. Y grandes amigos fueron Alfonso Martínez Mena, Meliano Peraile y Jorge Ferrer Vidal. La lista es larga. No es posible citarlos a todos, pero sí es obligado recordar que fue la literatura la que le proporcionó buenos amigos, pese a ser esta una profesión en la que es difícil mantener lazos sinceros. En Moratalaz vivían los más jóvenes: Jesús Torbado, Juan Plá, Raúl Torres, Carlos Puerto. Con ellos acudíamos a la librería de Luis Garrido y su mujer, Araceli, a última hora de la tarde del sábado. De manera que apenas salíamos del ambiente literario, apenas se hablaba de otra cosa que no fueran los concursos, las publicaciones y los chismes que nunca faltaron.

La visita diaria al quiosco de periódicos y al bar traían los ecos actuales sobre los que cimentar los artículos. Y si bien no estuvo exenta

⁵ “A tientas, a ciegas”, fue la novela premiada.

su trayectoria de las salpicaduras de la controversia, puede asegurarse que a sus libros se acercaron con respeto, con la seriedad que infunde quien, por su circunstancia personal, se le supone trascendente, ajeno a la frívola transcripción de la vida. Sin embargo, no fue la enfermedad un obstáculo para la risa. Algunos de sus amigos conocen bien el humor socarrón, la burla que afloraba en las reuniones, amenizándolas. Y fueron muchos los que disfrutaron y compartieron su mordacidad, tanto o más que con el toque poético que se vislumbra en algunas páginas de sus libros al describir una situación dramática.

Con la mirada puesta en la sociedad promocionada, dejó de mirarse para observar a los demás, los que estaban cerca en el nuevo entorno, sin olvidar el ayer que permanecía en su memoria trayendo imágenes del tiempo ido que ninguna cámara había recogido, con la precisión del ojo despierto, haciendo que renacieran “las viejucas que se sentaban en pequeños taburetes de madera, junto a los carromatos, los chiquillos que gritaban o lloraban, las madres mostrando el pezón de sus pechos para dar teta”, en contraste con las minifalderas del barrio bullicioso de Moratalaz, las madres hijas de aquellas que se entregaron al cuidado de la familia, algo más liberadas ahora que, cigarrillo en mano, bajaban al parque con sus niños. La transformación fue y es el motor que nos lanza al pasado sin ánimo de comparar, pues recuperarlo resulta forzoso antes de situarnos en el presente. Los jóvenes con botas de media caña, dueños de borricos y mulas luceras aparecían en sus libros, cuando ya los ejecutivos encorbatados le hacían añorar el sosiego. El sexo, todavía condenado en los setenta, y vapuleado por violentos en las calles, recuperaba su desnudez, sin adornos, en los hombres rudos que se tocaban la entrepierna al intuir en la mujer una presa fácil, lo que empujaba a otros a quitarse la ropa y desabotonarse la pretina de sus pantalones, mientras los pasacalles de aquel tiempo ponían en su mirada el color alegre que despierta el toque de panderos y trompetas. Todo excitante, vivaz y lejano, conectado a la prisa en una ciudad invadida por los coches cuyos conductores captaban el desfile de piernas femeninas en la acera, sin poder detenerse a contemplarlas.

No es posible permanecer indiferente a los cambios, en el largo recorrido de ese tren que nos permite ver paisajes nuevos al llevarnos de un lugar a otro, en un viaje interminable que conduce del pesimismo al optimismo, de rostros viejos y jóvenes, del campo a la ciudad, del ayer al hoy, de un ideal a otro, de un conflicto a otro que modifica nuestra intención y traslada nuestro interés, nuestra mirada y nuestros pensamientos.

Ser testigo de lo que discurría alrededor no le impidió recuperar imágenes del pasado hasta mitificarlo. Los cuentos orales y leyendas que

escuchó en su infancia al amor de la lumbre, en los inviernos, en una casa ya lejana que sabía perdida, se hizo viva en sus libros en su afán de que nada de aquello se olvidara. La nostalgia le empujaría una y otra vez a poner una nueva pincelada sobre el extenso lienzo de la memoria que suele ir creciendo con los años, acaparando voces y paisaje que de alguna manera se opusieron a la plena integración en el mundo circundante en el que las cosas discurrían por otros derroteros, a veces alarmantes, tanto, que tenía ese ayer de una trascendencia más apetecible al tomar de él lo mejor. Fueron sus propias experiencias, la propia infancia la que se abrió para decirnos que hay hombres que trabajan y dejan su impronta en tareas artesanales, sin otra ambición que la de subsistir. Rudos, pero sensibles, valoran lo que es extraño en su vida, hasta el punto de conservar como reliquia un bolígrafo encontrado en la calle. “El bolígrafo” es el título de un cuento publicado en el Diario Regional de Valladolid. El vecindario, la calle, la familia y el bar fueron la pequeña mina en la que inspirarse, una mina que se amplió al conocer otros lugares y otras gentes. Al principio, saberse limitado le hizo observar con atención la vida de alrededor que le permitía proyectar la suya, dotando a los demás de esa visión que en su interior crecía sin la capacidad de un movimiento, dispuesto a usar las alas del recuerdo para comprender lo que ata y detiene también a los demás, estancándoles en un lugar, en un mundo pequeño y cerrado, aunque puedan andar con sus piernas. La descripción del paisaje de la infancia es quizás lo más poético y lo menos trágico, probablemente porque la Naturaleza ofrecía un renacimiento, era otra cara que nada tenía que ver con el dolor. Es en su primera novela “Un mundo auestas” donde mejor se pierde en el ensueño. Metido en el piso de Monteolivete de Valencia, recorre con la mirada del recuerdo los lugares de la infancia, los hermosea. “Ahora veo los campos verdes, floridos de abril; pero veo, como antes mirando el viñedo viejo, un cambio en el tiempo y en las cosas. Veo las eras del pueblo con montoncillos de paja, con residuos de grandes sierras, con bálago, con granzas. Veo los árboles de almendros con el fruto maduro; las higueras con las hojas, con las hojas manchadas de polvo, con un higo pequeño, como roñoso, envarado ya, y otro, maduro, que picotearon los pájaros.”

Demasiado audaz, diría que temeraria fue a veces su curiosidad al adentrarse en pueblos y aldeas, cuando viajaba con el Citroën por la península, sin pensar en el riesgo que entrañaba tomar a un desconocido autoestopista. En cierta ocasión, recogió a un extranjero que no sabía español. Después de un largo silencio, el joven sacó de su mochila una navaja. Esta acción le produjo un ligero sobresalto, al no saber qué hacer. Luego, el extranjero extrajo un trozo de pan y salchichón, lo cortó y se lo

ofreció. Eso fue todo. Me lo contó a su regreso. “El caso es que debió de ser solamente un segundo”, me dijo, “pero en aquel momento pensé que iba a rajarme”. Yo le había advertido del peligro que representaba recoger a un desconocido en la carretera y él alegaba que no le gustaba viajar solo y la compañía hacía más corto el trayecto. Aquel incidente no cambió su costumbre, no le hizo desistir y siguió admitiendo en su coche a todo aquel que le hiciera una señal.

El afán de explorar rincones olvidados le llevó a recorrer pueblos abandonados sin luz ni agua potable, pueblos que iban muriendo en los setenta, olvidados de la mano de quienes pudieran transformarlos. Le gustaba perderse por carreteras sin asfalto, llenas de piedras, en las que a veces quedaban los neumáticos destrozados. No le importaba el riesgo. Estábamos descubriendo la España menos conocida, de la que nadie hablaba y aunque yo también sintiera curiosidad, no dejaba de pensar que estábamos locos. En cierta ocasión, metidos en uno de esos caminos pedregosos, se hizo de noche. No pasaba un alma y ni siquiera sabíamos adónde nos conduciría. Le dije que era una locura. “A oscuras, sin un teléfono, sin ver a nadie, ¿qué pasaría si tuviéramos un accidente? Nadie nos encontraría. “Sí, es una locura”, admitió. Pero continuamos por aquel camino en medio de la oscuridad hasta dar con una aldea.

No sabría decir si estos viajes por el interior de la península eran una meta, la que perseguía sacar a la luz algo ignorado. Creo más bien que le movía el deseo de entrar en lugares que de alguna manera traían el recuerdo del campo y eran, ante todo, la huida constante de aquella habitación en la que permaneció recluido durante varios años.

La llegada a Madrid había modificado nuestros hábitos, era otro mundo, otro tiempo. El barrio de Moratalaz reunía a los jóvenes y modernos matrimonios con el ayer que la presencia de padres y abuelos nos traía. Algunos venían del pueblo, del campo, de la mina... Otros de ciudades pequeñas. Miraflores nos traería más adelante otro paisaje, la Naturaleza renovada en las verdes praderas y los bosques de abetos⁶. Y después de recorrer durante años el país de Norte a Sur, de Este a Oeste, las salidas al extranjero proporcionaron un descanso, una evasión⁷. Participar en los Congresos de Escritores en la Europa del Este nos convirtió en testigos del cambio que se avecinaba, al conocer la vida de sus gentes, sus creencias

⁶ En 1974 se compró el chalet. El mismo año que entraba como redactor en la Revista Minusval.

⁷ En 1976 se iniciaron los viajes a Bulgaria, país donde tuvieron lugar varios Congresos de escritores “por la paz”.

y anhelos, más allá de la historia que conocíamos. Pero esto daría lugar a otra conferencia. La vida, pese a su brevedad, no es tan corta que pueda contarse en media hora.

A mediados de los setenta participó en un Congreso de Minusválidos que tuvo lugar en Madrid y reanudó su colaboración al entrar en la Revista *Minusval*, aunque provisto ya de un cierto desencanto, el que suele traer la consciencia de tantos problemas que los años transcurridos no habían resuelto.

En sus artículos queda la huella de la inquietud que nacía al contemplar cada momento del presente, en el que las carencias y dificultades del minusválido para integrarse en la sociedad nunca pasaron al olvido, como esta tierra que fue para él un lienzo sobre el que plasmar imágenes, hechos y palabras, tal como dejó expresado en un pregón de 1976, en Ciudad Real: “La Mancha es una tierra literaria que huele a lumbre de cepas y sarmientos, a bodega y almazara. La Mancha huele a orujo, a trigo, a mies dorada del verano. Pero La Mancha también huele a libros. A libros viejos, históricos, grandes, nobles. La Mancha es, –decía, posiblemente– la región española donde las cosas todavía son literarias, artísticas, espirituales...”

Aunque yo ahora, imitando su socarronería podría despedirme diciendo que lo que olía era “el apetecible y sabroso cordero en caldereta y los torreznos que estaba deseando comerse.” Porque no todo era puro idealismo y los pequeños goces que la vida ofrece fueron para él un plato apetecible que nunca dejó que se le escaparan.